

¡¡Qué corrida...!!

...más corrida. Corrían los toros, corría la gente, corría el Resguardo Fiscal —cómo corren estos guardas "rurales"—, corría Chucillo con el chuzo eléctrico, y, en medio del desbarajuste, también corría veloz el tiempo. En resumidas cuentas: qué corrida la del 10 de enero! No hubo descanso "durante once toros" que, conmovidos por las inundaciones, dieron lo mejor que tenían, su velocidad pezúñística, para beneficiar al público que acudió en gran cantidad a dar su aporte al fondo pro damnificados.

UN INVENTARIO

Antes de entrar en la parte "técnica" de la crónica, hagamos un ligero inventario de lo que vimos: una plaza o redondel, que será permanente, en los terrenos municipales del Zapote. Cinco mil ticos con vestimentas llenas de colorido: tatas con hijos, hijos con mucho pelo en algunos casos, señoras en pantalones o minifalda, abuelos y nietos, muchachos con aparatos como de regar insecticidas, en la espalda, pero que contenían un refresco muy popular, un reguero de pajaritos gorgoteando —y el único Pajarito permanente en silencio— merced a unos adminículos que se colocan los muchachos bajo la lengua; once toros cimarrones, sin excluir un tuerto mañoso, una "mujer torera", un campesino de machete al cinto que resultó nonis para enfrentarse al astado, un policía y un anciano, ambos toreros, trescientos toreros improvisados, unos guardas fiscales correllones —por lo que ya veremos—, un presidente de la corrida con cinco asesores, el cornetista con problemas porque algo se le metió a la corneta, la banda de música o filarmónica de Targuá, un mono conocedor de toros, como que lo llaman el chimpancé sabio, un cornetista ad honorem o por iniciativa propia, que andaba metiendo ruido en plenos cachos del toro, cuatro jinetes aficionados a los silbidos, una pila que los toreros confundieron con el balneario de Ojo de Agua, una bola que entretenía mientras el toro se recuperaba de sus carreras iniciales, y algo más, pero para no hacer interminable el cuento, paramos aquí la relación.

UN MOZO DE "ESTO QUE'S?"

"Usted se viene conmigo como mozo de estoque", nos dijo don Manuel Formoso, a quien se le encomendó la tarea de presidir la corrida. "Bueno, y esto qué es?", preguntamos. "Ya verá; tráigase a Mencha". A las tres menos cinco estaba el séquito presidencial a las puertas de la plaza. Cumplidos, claro. "Dénse una vueltita por la rueda de Chicago y los carros chocones —dijo uno que al parecer mandaba la parada— porque hay que darle un tiempito a la gente a ver si veine más". La vuelta se dio, y a las tres y treinta, don Manuel, sus dos nietos, y Pajarito Aguilar —a quien aquí entre nos le dicen Rogelio—, se instalaron en la tribuna. La plaza estaba casi llena.

EL PRIMERO DE LA TARDE

Cuatro toreros, sin otra alternativa, recibieron al primero de la tarde. Francamente al toro no lo recordamos muy bien, sólo las suertes de los toreros. Una mujer con cara de cantante de ópera, cuadriles de cogedora de café, y piernas muy sólidas, lo recibió con un costalazo de derecha; siguió con dos de frente, que no sabemos cómo se llaman, una lavatina —consiste en que la mujer se tira al suelo, frente al toro, y simula lavar ropa—, y por ahí siguió la procesión, hasta el remate de la faena, para pasarle el toro al campesino de machete al cinto, el cual, con gran conocimiento llevó al toro hasta su terreno para hacer las delicias de los tendidos. Palmas. Rabo. Dos o tres veces le pasó el rabo por la cara. Caídas. Flores. Apoteósico. Seguidamente entró de lleno el policía, pero aquí la faena se vio deslucida por el gran respeto que demostró el animalito hacia la autoridad. Fue en este momento que los asesores principales, sus dos nietos, sugirieron al Presidente encerrar al animalito, que estaba deseando volver a donde sus congéneres. Bicho y techo.

EL CUARTO DE LA TARDE

Del primero saltamos al cuarto. Es que el segundo fue parecido al primero, sin ninguna novedad; en general los toreros hicieron una buena faena, que recibió muchos aplausos del respe-

table. Cuatro muchachos que presentan un espectáculo que divierte al público: Rodrigo Gómez, El Cartago, jefe de la cuadrilla, Chino Zamora —la "mujer" torera— Chico Rodríguez, un "anciano", y Mario Estrada, el policía. Luego de que terminaron los cuatro, se abrieron las puertas al público: centenares de toreros improvisados entraron al redondel. Así, salió el tercero haciendo mucho alarde, lo que puso en carreras a todo el mundo. Y esto es lo bonito; lo que le gusta al público, porque nada hay tan divertido como ver al prójimo en apuros.

Pues el cuarto —o sería el quinto? A lo mejor el sexto—. Pues el que salió en algún momento, barcino, grande y de pocas pulgas, o garrapatas mejor dicho, la emprendió contra los guardas fiscales... y en qué forma. Resulta que el animalito se saltaba los burladeros como si estuviera jugando suiza. Una y otra vez fue sacado, con mil trabajos, y una y otra vez volvía a sus trece: como que al torito este le atraía más hacer de espectador. En la primera oportunidad tomó de sorpresa a los guardas, quienes arrancaron en una huida espectacular. No acataron más que sostenerse con una mano el sombrero y con la otra el revólver... y agua a Juan Cates. Parece que si pierden el sombrero se lo rebajan del sueldo. Había uno con "guaquitoqui", que es un aparatito de radio portátil, que los mau mau que cuidan a don Pepe Figueres —el público los ha butizado con tan singular apodo—, los que andan en desfiles con el fin de guardar el orden, y algunas otras personas, usan para comunicarse con alguien y para impresionar. Porque da la impresión de que detrás de aquellos hay todo un ejército presto a acudir en ayuda en caso de que la cosa se ponga color de Alcoa. Pues el guarda del aparatito se introducía en un burladero pequeño, estrecho, y ponía tal cara de susto que si al hombre le sueltan unos cuatro toros más con las mismas agilidad para el salto que el barcino, pues renuncia, de eso no hay duda. Y al que no quiere tazas... un juego completo: al finalizar la corrida de nuevo lanzaron al torito al redondel, y de nuevo saltó sobre la barrera, y de nuevo los guardas fiscales tuvieron que poner pies en polvorosa. "Está uno más seguro por fuera...", dijo uno de ellos, en determinado momento en que todos estaban en el lugar del toro y el toro en el lugar de las autoridades.

FINAL DE LA CORRIDA

Y de un solo tiro vanos a llegar al final de la corrida y la "crónica". "Abuelo —le dijo Juan Ignacio, el nieto más pequeño de los dos que acompañabana don Manuel— yo creo que usted debe dejar cinco minutos más a ese toro; está bueno todavía...". "Bien, hijo; yo pensaba meterlo, pero en vista de ese razonamiento, lo dejamos cinco minutos más". Así un torito que lee todo lo que hace Rafael Ángel Pérez, y que trata de imitarlo, pudo dar cinco vueltas completas más al ruedo. El animalito desde que salió correteó de lo lindo por la plaza, sin detenerse un momento. El pobre lo que quería era escapar de aquella jauría humana a omo hubiera lugar. "Un semáforo, a ver si se detiene", gritó un espectador molesto por la carrera. Finalmente el bichito pasó a mejor encierro.

En resumidas cuentas, hubo corridas y más corridas en la corrida a beneficio de los damnificados. Toros cooperadores, buena gente todos pues no hubo un solo herido, sólo dos o tres golpeados por choque o atropello carrerístico, y diversión para todos. No faltaron los montatros, las barras de siempre, los baños voluntarios e involuntarios —sobre todo cuando salió un fregado toro que se divirtió enormemente al echar a la pila a más de cincuenta toreros—, y algo que nos llamó mucho la atención: ausencia de aquellos actos que antes se denominan de "pachuquismo", tan desagradables. Además, y para completar la casa, la tarde fue espléndida, como corresponde a una auténtica "tarde de toros": ¡olé!



¡Corrida es poco! Corría el torero, corría el toro, corría todo el mundo... aunque parezca que el amigo del suelo esté examinando al animalito a ver si... es gallo o gallina. (Foto Aguilar).



"Por favor, rásqueme con cuidado", parece decir este Corobés de Tiquicia. Escenas como ésta se repiten en toda corrida tica. (Foto Aguilar).



"DELE INCAPARINA A SU CABALLO, PARA QUE CREZCA". Así le dijo don Pepe a Lencho Salazar. "Idiay, si me regala unas libritas...". Nuestro buen amigo Lencho fue captado cuando le daba la mano a don Pepe. "Miralos —comentó el mismo de la otra vez— qué bonito que hicieran un programa juntos...".

"¿QUE ES ESO, EL DESFILE CONTRA LA MISERIA?". Esta frase la dijo uno que estaba junto a Mencha, en el famoso tope. "Es lo malo —protestó otro— que en este país hasta las cosas más serias las cogen a broma". "¿Qué —dijo el otro— el desfile es serio?". "No, hombre —arguyó un tercero—, pero la miseria sí...". En fin, nosotros tomamos la foto, nos tomamos un aperitivo, y finalmente tomamos la cazadora de Coronado.

Un ejemplo para los bancos

Hubo tope para todos

A pesar de que los bancos, o los banqueros mejor dicho, se pasan todo el año manoseando el asunto del tope—que el tope aquí, que el tope allá, que estamos hasta el tope de solicitudes, etc.— para concluir con que "no hay tope", lo cierto es que hubo tope para todos, hasta para el señor Presidente de la República, quien con su familia participó alegremente en el desfile de caballos, caballeros y atuendos, y nada desganado, mejor dicho del ganado, porque el acontecimiento que hoy llamamos "tradición", tuvo orígenes ganaderos. Sí, anteriormente se acostumbraba traer el ganado en tren hasta la estación del Pacífico; aquí lo echaban a la calle, para llevarlo hasta la plaza arreado en manadas. Lo divertido del tope estaba en participar de la arrea o en "enfrentarse" al montón de animales para salir luego despavorido en busca de alguna puerta entreabierta por los vecinos curiosos o de algún portillo de jardín. Bien sabido es que los toros, por bravos que sean, cuando van en manada no atacan a la gente... a menos que se les metan en los mismos cachos. Por esto el peligro era mínimo.

Pues bien, ese fue el origen de nuestro hoy "sofisticado" tope, que se ha convertido en un desfile de caballos, desde los aguacateros hasta los pura sangres que danzan al caminar, haciendo toda clase de coqueteos, como si en las aceras en vez de simples seres humanos hubiesen hermosísimas yeguas dos-

añeras. Cosas de caballos sin duda alguna. En cuanto al ganado, se ha perdido. Algún chusco y amigo del retruécano diría que hay más del que podemos imaginar, lo que pasa es que anda por ahí, entremezclado en aceras y sobre algunos rucos. Seguro. Pero del con cachos no se ve si no es en La Eureka, Chelles, el Balcón de Europa, La Magnolia, el Oasis, etc., convertido en bstecks que el cliente embiste tenedor y cuchillo en mano.

A nosotros nos parece bien el asunto del tope, pero hay que mejorarlo para que las horas de desfile sean menos aburridas. La inclusión en cada grupo de jinetes de algún espectáculo distinto, alegre, que lleve entretenimiento a los parados —no se puede hablar de tendidos en este caso— sería muy conveniente. Porque a nosotros nos parece que después de ver casi trescientos caballos, termina uno un poco acaballado, prueba es la clase de crónica que nos estamos jalando. Con todo y que esto no deja de ser conveniente para nuestro trabajo, pues se hace uno de amistades. Hay más de un caballo que apenas nos ve con Mencha en la mano, se detiene, se cuadra, levanta la cabeza y nos cierra el ojo. Ya saben los bandidos que de repente salen en el periódico y entonces... a posar en forma pedigríosa. Cosas del tope, sin mencionar otras, por ejemplo que hay más de uno que con el "mate" del tope llega a su casa hasta... La cincha!!!



DON PEPE Y EL 54.— Lo que más llamó la atención en el tope fue don Pepe, no porque el señor Presidente anduviera a caballo, que al fin y al cabo el tiene sus añitos de jinetejar la presidencia, sino el número que le pusieron en la espalda: el 54. Ese día se agotó el 54, el 45 y las combinaciones resultantes de los dos números, el año, el número de años de don Pepe, los meses de gobierno, los que le faltan, el sombrero negro, que se rebaja según el número, cosa que hubo que determinar a puro cálculo porque nadie se atrevía a preguntarle, etc. Al final de cuentas más de un afortunado pegó el gordo. El día del lanzamiento de los paracaidistas en el estadio, dicen que muchos corrieron por si también se lanzaba ver qué número le correspondía. Pero se les cebó. "Qué bárbaros", comentó alguien. "No, si es que como se montó primero en bicicleta y después a caballo, idiay...".